

de incomodidades, que solo nuestra ligereza y superficialidad, la costumbre de seguirnos ciegamente los unos á los otros, y el deseo de lucir, nos las pudiera hacer tolerar.

Los petimetres rigurosos, aquellos que quieren lucir su ayroso talle y costoso adorno, asisten todos los dias sin faltar uno, y estan mas ciertos en la Feria que la péndola del relox á sonar la hora, pero yo que solo voy á ella á observar y meditar, tengo bastante con una tarde bien aprovechada para analizarla y definirla.

CAPITULO X.

Reflexiones particulares.

Salgo de mi casa solo, mi trage sencillo y obscuro no me distingue del comun del Pueblo, ni me hace fixar la atencion de las personas curiosas; me dirixo á la calle de Toledo, me interno entre la confusion de la gente, y ella misma me conduce á la Plazuela.

Allí

Allí de una ojeada observo la gente en general; ved aquí digo, en mi interior, este numeroso concurso que llena este terreno, y llama mi atención, que corre, grita, se afana, gira y rodea por todas partes, que está en un continuo movimiento é inquietud, y que parece agitado por un espíritu el mas vivo y sutil, que no le dexa nunca en quietud, ni en sosiego; todo este concurso, digo, se desvanecerá bien pronto, como las pasajeras ilusiones que se ven entre sueños, y como ellas se borrará para siempre de mi idea.

A este ruido y confusion continua sucederá el mayor silencio, á la violenta agitacion, la quietud y el sosiego. Este espíritu que nos conmueve y trastorna, y nos hace parecer unos locos furiosos, ó unos niños que sin reflexion alguna corren con la mayor ansia tras un cometa, ó un papel pintado, se fixará para siempre, ó por mejor decir, volará y huirá de los lugares que antes ocupaba,

(para transferirse á otros , donde estará por una eternidad sin fin), como la ligera exâlacion que atraviesa rápidamente los ayres.

Dentro de un cierto número de años no existirá ninguno de los que están presentes ; estos cuerpos adornados con tanta delicadeza y gusto, y á quienes se trata con tanto cuidado y atencion , presentarán entonces montones confusos de carcomidos huesos, de descarnadas y horribles calaveras.

Estas Damas , cuya hermosura y delicado adorno llama la atencion de todos los que las ven , serán dentro de un instante un depósito de asquerosos gusanos , de corrupcion y podredumbre. El pasagero huirá lejos de ellas, no pudiendo sufrir el hedor que despedirán de sí , y no se atreverá á mirarlas , por no remover su delicado estómago , y excitarle á nauseas y vómitos.

Las doradas carrozas , los costosos equipages confundidos entre el

cieno y la inmundicia, solo presentarán un monton de podridos y apollillados maderos, y de hierros cubiertos de moño y olin.

Pero á qué apelear á tiempos un poco posteriores. El mundo está en una continua agitacion, y en un momento experimenta las mayores alteraciones y vicisitudes; la alegría y el dolor se suceden en él con mas rapidez que la tempestad y la serenidad en el inconstante y amargo elemento. Un instante despues de este paseo, estando aun mucha gente en él, ¿qué trastornos, qué mutaciones no se experimentarán tal vez? ¿Qué escenas tan contrarias, quales tristes, quales alegres, no se representarán en muchas familias de las que poco antes se divertian con el mayor sosiego en la Feria?

Los que reian y se alegraban, llorarán ya; el que estaba reducido á la mayor pobreza y miseria, recibirá á el llegar á su casa la noticia de un empleo honroso y lucrativo.

Aque-

Aquella Dama cuya robustez la anunciaba una larga vida, morirá en un minuto de un accidente apoplético. Los que la habian visto aquella tarde en la Feria ostentando en sus mexillas el delicado color de la rosa, y deslumbrando con el brillo del oro, la plata y pedrerias de que estaba cubierta, á el retirarse á su casa la hallarán expuesta sobre el féretro, pálida, desfigurada y horrorosa, cubierta solo de un tosco sayal. Yo no sé si algunos hallarán impropias estas reflexiones; ¿pero si las hicieran todos en medio de los placeres y en el centro de la alegría, tendrían tantos que llorar luego sus funestos efectos? ¿se abandonarían locamente á ellos? ¿sentirían luego aquellos remordimientos tan amargos como inútiles é infructuosos?

CAPITULO XI.

Varias observaciones.

Pero hablemos mas en particular, y observaremos cada cosa de por sí; procuremos diseñar los diferentes cuadros que las gentes forman entre sí, y representar las escenas que pasan en esta gran Comedia.

Delante de mi estan Juanito y Clarita, estos son dos amantes que hoy se han visto la primera vez, y se han demostrado el amor mas fino y la passion mas ardiente; luego se separan y se olvidan para siempre. Juanito se va á casa de Rosita á reirse de la sencillez de Clarita, ésta celebra con Medoro y sus amigos la inocente credulidad de Juanito.

A el lado de estos distingo á Rosaura; esta muger un mes ha no era conocida, su marido ha logrado un empleo pocos dias antes de la Feria; ella se ha comprado un magnífico vestido á la última moda, y ha adornado

su cabeza con un soberbio y ayroso plumage, todos estos adornos relevan su natural hermosura y gracia; ella lo ha consultado con su espejo, y ha quedado contenta; ha venido á la Feria, y se ha sentado en el parage mas público, á ser la admiracion y la envidia de los concurrentes.

No lexos de Catalina está la Condesa de Tutiplen, que con sus setenta años bien cumplidos, sus ayes y achaques, quiere pasar por una niña de quince años; ha estado toda la mañana en su tocador mortificando y estrechando su cuerpo, lavando y pintando su negra y seca cara, acomodando sobre su limpia calva, semejante á un casco de calabaza, un magnífico peynado y un gracioso turbante. La rodea una tropa de jóvenes petimetres que continuamente la lisonjean con palabras tiernas y amorosas, y que la hacen creer que aun tiene mérito. Uno se pone á su lado y la adula abiertamente en tanto que los demas, que estan un poco retirados, se

D rien

rien de ella con el mayor descaro. Esta Señora paga á peso de oro esta tropa de insolentes bufones, y consume sus rentas en hacerse el objeto de su risa, y dar á el público un ridículo espectáculo.

Por el contrario Aniceta, aunque es la mas hermosa muger de la Corte, está en lo mas retirado, cubierta toda la cara de un negro manto, desde alli se rie con mas libertad de todos, y puede desplegar sus gracias (bien pudiera decirse desenvolturas) con menos reparo, pretende tambien que la conozcan, sin darse á conocer.

El Baron de Pompadu dirá qualquiera á el verle que es un pobre mendigo, su roto y asqueroso vestido anuncia la mayor miseria, sin embargo es uno de los hombres mas ricos.

Don Agapito parece un Titulo segun el fausto y tren que le rodea, no obstante debe quanto lleva puesto.

Ruperta se presenta en la Feria con
el

el mayor descaro, y desenvoltura, seguida de una tropa de jóvenes libertinos, pretende brillar sola y avasallar á las demas, da un paseo por la Plazuela, fixa por un rato la atencion, pero por desgracia pasa por el lado de Luisa, esta se descubre, la mira con desprecio, se pone en pie, echa á andar, abate á su rival, la roba su séquito, y la dexa confundida y abochornada.

Lidoro ha estrenado hoy un vestido, y se ha presentado segun la mas rigurosa moda; su primer diligencia es ir por todas partes para ser visto, y luego pasar ácia el lado de los coches, y hacer cortesias á quantas vé en ellos, sean ó no sus conocidas.

CAPITULO XII.

Cuento crítico.

Don Lesmes, era uno de aquellos hombres buenos y honrados, que se hallaban mas freqüentemente en los

tiempos antiguos, que en los nuestros. Habia servido con honor y distincion en el Ejército, sus méritos habian sido recompensados, contento de su servicios, satisfecho con los honores que habia recibido, en lugar de ir á disipar sus bienes en el tumulto de los placeres, buscó una esposa noble y virtuosa como él, y se retiró á un Pueblo del que era Señor, deseoso de pasar el resto de sus años en hacer bien á sus vasallos, y en cumplir con las obligaciones de ciudadano, de esposo, y de señor.

Pero yo no pretendo escribir la Historia de Don Lesmes, sino de la de Leandro su hijo.

La del primero seria el retrato de un hombre de bien, siempre virtuoso, siempre honrado, siempre benéfico. La del segundo es la de un jóven dotado sí de buenas disposiciones, pero á quien los placeres van á corromper.

Don Lesmes dió á su hijo un Preceptor, éste le enseñó quanto puede contribuir á formar el espíritu y el

corazon. Tuvo conocimiento de las ciencias y artes nobles , sabía bastante para poder pasar por un hombre de talento , y hacer su conversacion agradable y util.

Su padre estaba contento de los progresos de su hijo ; conocia que sus pasiones eran vivas y fuertes ; que tenia inclinacion á los placeres que por mucho tiempo necesitaba de un Preceptor que le enseñase ; y siempre de un amigo virtuoso que le libertase de los peligros á que la demasiada fuerza de sus pasiones podia exponerle.

El pensamiento de Don Lesmes era bueno. El debía ser el Preceptor principal , y el amigo verdadero. Leandro le amaba con la mayor ternura, era facil ganarse enteramente su confianza , y lograr su amistad.

La muerte vino á cortar tan buenos proyectos. Una enfermedad aguda conduxo á Don Lesmes al sepulcro. La única pena que le atormentaba era que su hijo quedaba en la temprana edad de diez y ocho años aun no bien forma-

ma-

mado su corazón , ni enteramente justificada su virtud. Pero lleno de una confianza christiana se tranquilizaba seguro de que el Sér Supremo que cuida de todas las criaturas no abandonaria al jóven Leandro.

CAPITULO XIII.

El Amigo fingido.

Con la muerte de Don Lesmes, Leandro entró en posesion de grandes riquezas , parte en dinero que su padre habia juntado por medio de su prudente economía , parte en bienes y efectos.

Su madre habia muerto algunos años antes que su padre ; de consiguiente Leandro á la edad de diez y ocho años se hallaba dueño absoluto de su voluntad y de sus bienes.

En vida de su padre habia pasado la mayor parte del tiempo en la Ciudad , Don Lesmes queria que conociese el mundo , el trato de las Aldeas

y Pueblos pequeños tiene sus ventajas. Las costumbres son regularmente mas puras, hay mas sencillez, mas buena fe, menos luxo, y menos peligros para la juventud; se conocen pocos placeres, y estos por lo regular inocentes; las pasiones estan mas apagadas porque hay pocos objetos que las estimulen y aviven.

Péro el hombre criado en la Aldea solo es propio para vivir en ella; un cierto ayre de rustiquez hace las mas veces su trato desagradable, su conversacion esteril y seca, sus modales vastos, no sabe conducirse en la sociedad, con aquella habilidad y astucia que nace del freqüente trato de los hombres.

La direccion de su Preceptor podia libertar á Leandro de los peligros que en las grandes Poblaciones amenazan á los jóvenes, y hacerle sacar con sus consejos todas las ventajas de un trato universal y escogido. Don Lesmes haciendo vivir alternativamente á su hijo en la Ciudad y en su Pueblo,

bio, procuraba inspirarle por un lado la sencillez y la inocencia, por otro la política y la civilidad, y le ponía en estado de comparar unos hombres con otros, conocer sus defectos, y apreciar sus virtudes.

En el tiempo que Leandro había permanecido en la Ciudad había hecho amistad con un jóven de su edad llamado Carlos. Había bastante conformidad entre estos jóvenes; pero sus costumbres eran muy diferentes. Carlos tenía el corazón muy corrompido, solo amaba los placeres, la disipación, el juego y otros muchos vicios que se siguen á estos; abandonado desde su mas tierna edad por unos padres nimiamente cariñosos, y demasiado indolentes, no había tenido mas regla de sus acciones que su capricho ó su gusto.

La compañía de Carlos era muy perjudicial para Leandro, porque sus vicios, sus extravíos aparecían las mas veces baxo el ayre del pasatiempo, ó de una ligera diversion: al mismo
 tiem-

tiempo Carlos que tenia mucho trato de mundo, sabia de tal modo acomodarse al gusto de los demas, revestirse de su carácter, disimular sus faltas quando convenia, que á veces parecia un hombre virtuoso, ó un jóven arreglado. Asi habia engañado al Preceptor de Leandro, y hechóse el amigo de éste, el que le miraba como á un amigo verdadero, y como á un jóven vivo, alegre y jocosos.

Mientras que Don Lesmes vivia, Carlos habia atendido solo á ganarse su corazon, y á mantenerse en la buena opinion que habian formado de él Don Lesmes y el Preceptor. Se habia contentado acompañarle en las diversiones pueriles, y jamas se habia atrevido á aconsejarle nada contrario á lo que su Maestro le mandaba.

Muerto Don Lesmes, Cárlos comenzó á mudar insensiblemente de conducta. El primer paso era separarle de su Preceptor. Para esto le dixo que ya tenia bastante instruccion en las ciencias, y que á su edad ya podia

dia manejarse solo en el mundo, sobre todo con la compañía de un amigo verdadero. Los repetidos discursos de Carlos hicieron su efecto. Leandro llamó á su Ayo, le dió gracias por el cuidado que habia puesto en su educacion, le dixo: que mientras durase su vida le miraria como á su Maestro, como á su Padre, como á su Director, no olvidaria nunca sus consejos, se acordaria siempre de sus máximas, y le consultaria en todos sus negocios; pero respecto á que su educacion estaba ya finalizada, era ya tiempo de que se presentase solo en el mundo. Mandóle dar un buen regalo, le premió, le recompensó y aseguró su subsistencia para el resto de sus dias, porque en efecto le amaba; y con esto le mandó retirarse.

CAPITULO V.

Todo cansa.

Leandro y Carlos pasaron poco despues de la Aldea á la Ciudad; era ésta una de las mas populosas y divertidas de España. Leandro tuvo bien pronto en ella amigos, diversiones y placeres; sus riquezas le proporcionaban todos los medios de brillar. Reunia muchas qualidades, que le hacian el Caballero de mas mérito de todo el Pueblo. Era el mas rico y opulento de todos, y pocos le excedian en mérito personal.

Carlos le introduxo en las principales tertulias del Pueblo, en los bayles, en las juntas, en las conversaciones, y en los juegos; se hizo amar de unos, aborrecer de otros, y admirar de todos.

Al año de su residencia en la Ciudad nadie hablaba sino de Leandro; todos confesaban su superioridad, le

con-

concedian la preferencia, nadie se atrevia á competir con él, y todos procuraban imitarle. Frequentaban su casa las personas mas brillantes: tenia tertulia fixa donde todo extrangero era admitido; la aprobacion de Leandro decidia del mérito de una persona, y bastaba para segurar su reputacion.

Este género de vida siempre uniforme y amontona fastidió á Leandro y desagradó á Carlos. Habia llegado á lograr la preferencia sobre los demas petimetres del Pueblo; era el mas opulento, el mas universalmente estimado. No tenia mas que desear: sus deseos estaban satisfechos, y por consiguiente se agotaron sus placeres.

Resolvieron pasar á vivir á la Corte donde les parecia que los placeres eran inagotables.

Carlos le pintaba á Madrid como un teatro mas vasto, donde las escenas se renovaban todos los dias, se podia lucir mejor, y hacerse estimar mas. Leandro habia disipado gran parte del dinero que su padre le dexó:

el viaje á Madrid exigia mayores gastos: para brillar en la Corte era necesario sumas considerables: Carlos que dirigia todas las operaciones de Leandro, halló bien pronto personas que adelantasen el dinero necesario: fue un negocio concluido en el que Leandro solo puso el consentimiento, sin que supiese en lo que consentia.

CAPITULO XV.

Nuevas diversiones.

Los dos amigos llegaron á Madrid, precisamente en el tiempo que comienzan las ferias, es decir, á principios de Otoño, estacion en la que muchas gentes forasteras suelen concurrir á la Corte, no tanto por ver las ferias que no tienen el mayor atractivo en sí, quanto por ser el tiempo mas proprio para gozar de las diversiones que parecen tener en ella su asiento fixo.

Carlos habia estado muchas veces en la Corte, y la conocia bastante bien,

conocimiento que le habia costado crecidas sumas, y le habia producido fatales experiencias que pudieran haberle servido de desengaño, si semejantes hombres fueran capaces de desengañarse.

Leandro se creia en un nuevo mundo: todo le admiraba, todo le sorprendia, todo le agradaba; la multitud, la variedad, la novedad de los objetos le confundia; su alma se prestaba á todas las impresiones que venian tumultuosamente á fixarse en ella. Pero á poco tiempo las ideas se colocaron con orden, las sensaciones se hicieron menos vivas, su efecto menos fuerte; y entonces comenzó á gozar verdaderamente los nuevos placeres que le ofrecia la Corte.

Carlos se dedicó á formarle, á instruirle, á enseñarle los modales, los usos, las costumbres, el tono fino y delicado, y el ayre de moda. Tomaron una casa amueblada con gusto y profusion, gran número de criados, equipages de moda y de una hechura particular; sus vestidos, sus adornos no
eran

eran de un gusto menos delicado y exquisito.

Leandro era dócil, se dexaba guiar facilmente; Carlos lo dominaba, su amor á los placeres era excesivo, porque sus pasiones eran muy vivas. Un jóven rico, sin experiencia, sin conocimiento, no puede menos de caer en el libertinage con estas dos qualidades tan dañosas en su edad.

Esto sucedió á Leandro: Carlos le proporcionaba toda suerte de placeres, aun los mas dañosos, el juego, el bayle, el teatro, las visitas, los banquetes llenaban todo su tiempo; sus compañeros eran por lo regular los jóvenes mas disolutos y corrompidos; sus amistades las mas escandalosas, las mas perjudiciales; su conducta fue bien pronto bastante reprehensible. Un amigo falso y pérfido, es tan dañoso, como útil uno verdadero y virtuoso. Leandro, naturalmente bien inclinado, hubiera sido bueno con una buena compañía, la de Carlos le conducia al precipicio.

CAPITULO XVI.

Como se ha de evitar el mal.

Quando se ha dado el primer paso ácia el libertinage, es tan facil el seguir su dañoso camino, como difícil huir de él. Leandro habia olvidado los buenos consejos de su padre, las sabias lecciones de su maestro: las semillas de virtud que estos habian derramado en su corazon sino estaban enteramente apagadas, á lo menos se hallaban muy sofocadas; solo le parecia bueno lo que Carlos le enseñaba, y éste le daba las lecciones mas viles, mas malvadas.

¿Qué situacion tan digna de lástima, de compasion, la del sencillo é inocente Leandro. El vicio le rodea por todas partes, le encadena, le esclaviza; no existen ya sus antiguas ideas, útiles, sábias, y verdaderas. Una multitud de aquellos miserables,


mi-

ministros viles de la disolucion, eran el objeto de su pasion y de su cariño. Estas harpias venenosas corrompian sus costumbres, le seducian, le engaňaban con sus falsas caricias, sus halagos; le devoran sus bienes, contribuyendo á su ruina. Un hombre vil y despreciable, un malvado, se llamaba con el dulce nombre de amigo; dominaba su corazon, y era el objeto de su sensibilidad, de su estimacion. Varios otros jóvenes, no menos disolutos, se dividian entre sí su afecto, su estimacion, su confianza; sus buenas qualidades existian aun, pero sus costumbres estaban bastante corrompidas.

Este género de vida, este libertinage; esta disipacion, este excesivo luxo exígia los gastos mas considerables; las sumas mas quantiosas se dissipaban en un momento: Carlos cuidaba de todo: faltaba dinero, se proyectaba un bayle, un banquete, una partida de caza, era necesario gastar, no habia: Leandro exígia se buscasse

de qualquier modo. Carlos proporcionaba al instante un hombre que adelantaba las sumas necesarias; pero á costa de los mayores intereses se le concedian; estos préstamos, estas deudas apresuraban mas y mas la ruina: pero entretanto veamos por menor la conducta de Leandro. Echemos un velo sobre sus escandalosas aventuras, no hablemos en particular de su libertinage. Basta nombrarle, pintar sus dañosas conseqüencias para hacerle aborrecible: no es necesario pintarle á él mismo, para corregir; no es preciso escandalizar. Un diario de su vida y de sus ocupaciones podrá dar alguna idea de sus costumbres, y de su conducta; pero esto será para el capítulo siguiente.

CAPITULO XVII.

 pocos dias de su llegada á la Corte, Carlos le presentó en la Tertulia de la Condesa Eugenia. Era la de

mas lucida y la mas divertida de toda la Corte, concurrían á ella las personas mas finas, las mas instruidas, las mas agradables de toda ella. Causaba placer la variedad, la diversidad de caracteres, de gustos, de opiniones. Reynaba un hermoso desorden, una bella confusion. Era una miñatura del gran quadro de la Corte: aquí se hablaba, allí se jugaba, mas allá se cantaba, y en otra sala se formaban contradanzas. La Condesa hizo á Leandro la mejor acogida, todos se apresuraron á obsequiarle, muchos en la apariencia, pocos en la realidad: algunos le prodigaban las expresiones de un repentino y extraordinario afecto, estos eran los mas viles, solo venían á reirse de él, le hablaban para observarle, le trataban con agrado para ganarse su confianza, descubrir su ridículo para pintarle luego maliciosamente.

Leandro fixó por un instante la atencion de los concurrentes. Los Jugadores echaron sobre él una mirada de

distraccion , y le recorrieron desde los pies hasta la cabeza mientras se daban las cartas. Todos convinieron en que tenia *el ayre de Aldeano* , y que aun no estaba formado ; pero las opiniones se dividieron sobre su mérito. Los hombres le miraron , unos con desprecio , otros con envidia , se rieron por lo baxo , dixeron algunas chanzas , murmuraron un poco. Narciso notó que no sabia hacer la cortesia. Crisanto añadió que no tenia mas mérito que el de su figura. Teodoro negó el mérito que le concedia Crisanto , notó sus faltas , é hizo soltar algunas carcajadas maliciosas. No hay que cansarnos , añadió Calisto , sus riquezas son todo su mérito ; y no es poco , respondió uno que no era muy rico. Entonces les informó de la clase y circunstancias de Leandro , hubo materia para una conversacion mas extendida y mas satírica.

Las Señoras fueron muy benignas con él , y en general su juicio mas seguro , agradó á algunas , pareció in-
di-

diferente á otras, desagradó á muy pocas. Tiene mérito, dixo Nise, pero no está formado; merece que alguna de nosotras se tome esta molestia, no perderá su tiempo. Elisa que entonces estaba desazonada con su amante Delio, por no haberle traído á tiempo una cinta para su prendido, formó el proyecto de dexarle por Leandro; Delio solo experimentó aquella noche desprecios y desvios. Tuvo zelos, se desesperó, dió quejas, satisfacciones, suplicó, amenazó, se retiró, hizo el pensativo; volvió por último, finalizó con un largo discurso que hizo bostezar por una hora á Elisa, y no le sirvió de nada.

CAPITULO XVIII.

Prosigue lo mismo.

Dixo Leandro, á quien no se habían escapado las miradas, las risas irónicas de sus compañeros. Mi poco trato de mundo, les ha hecho reir;

reir ; este es mi defecto , es facil enmendarlo , pronto no le tendré , observaré los suyos , tal vez serán mayores que los mios.

No se engañaba Leandro , sus defectos eran muy inferiores á los de sus ribales , su mérito superior , ellos no tenian mas que el que dá precisamente el mucho trato , mérito que adquieren igualmente el tonto y el discreto , y que en la realidad no es ninguno. Calisto era uno de estos hombres superficiales , que solo juzgan de los demas por el exterior ; no tenia mas talento que el de poner algunas contradanzas , creia que favorecia bastante á una dama con dignarse hacerla una ligera sonrisa.

Narciso era como una estatua , buena presencia y ninguna gracia , agradaba pero no interesaba ; era alabado y estimado , pero jamas querido. Todo el mérito de Crisanto consistia en lo que no era él , agradaba por sus vestidos , sus galas , y sus joyas ; antes de ponerse al tocador era la fi-
gu-

gura mas despreciable : empleaba quatro horas en componerse , solo de este modo podia quedar en un estado medianamente agradable.

¿Y Teodoro?... él y Carlos , eran los únicos que tenian algun mérito, si se puede dar este nombre á las gracias que no vienen del espíritu; sin embargo , eran bien inferiores á las de Leandro. El primero tenia una figura mediana , pero que interesaba ; bastante gusto en vestirse : gracia, chiste y gracejo en la conversacion : cantaba medianamente en Italiano , tocaba la guitarra , bordaba , y dibujaba.

El segundo interesaba aun mas que el primero sin tener tanto mérito, porque sabia hacerlo valer , era el oráculo de las modas. Tenia siempre las mejores y las mas nuevas , sus evillas y sus relojes , eran los mas primorosos ; sus caxas para el tabaco, las mas graciosas y bonitas ; sabia hablar una hora seguida sin fastidiar , y aun hacia reir de quando en quando ; no
igno-

ignoraba ninguna de las noticias del dia, contaba cuentos muy chistosos.

CAPITULO XIX.

Nuevas aventuras.

Leandro no podia imaginarse que con su ayre de Provincia, su timidez y sus defectos habria de desbancar á Delio, y obscurecer á sus ribales.

Sucedio sin pensarlo, y aun sin pretenderlo: fuese capricho ó razon, la mayor parte de las Señoras, y de las de mas mérito, se declararon á su favor, y procuraron llamar su atencion.

Leandro solo procuraba seguir su costumbre, recorrer todas las diversiones, disfrutarlas sin fixarse en ninguna. Paseó todas las salas, jugó, bayló, oyó cantar, y se mezcló en las mejores conversaciones.

Elisa y sus compañeras le rodearon despues de haber baylado con él algunas contradanzas. Todas querian ha-

hablarle á un mismo tiempo, preguntarle, exâminarle, interesarle; iban á quien podia mas, se prodigaron las miradas, las gracias, los chistes, las palabras equívocas, se hablaban al oído unas á otras, habia golpes de abanico, risitas y fiestas. Procuraban ostentar sus gracias, sus habilidades, su talento, su espíritu: hasta la mas pequeña, la mas ligera accion, tenia su fin y su idea. Leandro era el objeto á que todo se dirigia.

Debía estar satisfecho y contento de tan feliz acogimiento: lo estaba en efecto, el contento le produjo libertad, perdió su ayre tímido, y descubrió algunas gracias. Despues de un instante de conversacion general, se vino á parar en una conversacion particular y mas interesante. Elisa procuraba descubrir el caracter y el corazon de Leandro para dominarle. La sencillez de Leandro hacia facil esta empresa.

Despues de un largo rato de con-
ver-

versacion , creyó haber logrado su intento , pero fue solo en parte , se persuadió á que era facil triunfar de él: se engañó.

CAPITULO XX.

Carácter de Leandro.

Hagamos la pintura del corazon de Leandro , que Elisa queria conocer; esta digresion parecerá tal vez impropia : no lo es tal , como se verá bien pronto. Leandro era sensible , segun ya se ha dicho , esta qualidad le hacia muy propio para los dulces sentimientos de la amistad y el amor: el libertinage y la disolucion que tanto habian corrompido sus costumbres , apenas pudieron mudar su corazon , su fondo era el mismo , su sensibilidad igual.

Tenia á Carlos la estimacion que se debe á un verdadero amigo : gozaba todos los privilegios de tal.

En medio de tantos peligros como le rodeaban , y en los quales á veces habia caido , aun se hallaba libre del amor. Las viles criaturas que le rodeaban continuamente , solo le habian inspirado un amor , una inclinacion pasagera que se disipa con el objeto.

Habia , pues , estimado bastantes mugeres , tenido inclinacion á algunas , pero aun no habia amado.

Su corazon estaba libre de esta passion , no lo estuvo largo tiempo : á otros hace infelices , á él debia hacer feliz , conduce á otros al desórden , al vicio , les produce males dañosos y funestos. A Leandro debia causarle despues de algunos contratiempos la felicidad y el contento , inspirarle sentimientos honrados , y guiarle á la virtud.

En la mayor parte de los jóvenes , principalmente los que se han abandonado al libertinage , el amor es una llama rápida , que el viento disipa , y lleva de un lado para otro : mudan continuamente de objetos , y aun se dirigen á muchos á un mismo tiempo.

En

En Leandro era una verdadera passion, un dulce sentimiento del corazon, que se dirige á solo un objeto, y en él se fixa sin jamás mudarse. Y prueba de la bondad de su corazon, á pesar de sus vicios, de sus defectos, solo podia amar á una persona virtuosa.

CAPITULO XXI.

Casualidad feliz.


La conversacion entre Elisa y Leandro se hacia demasiado larga é interesante, el zeloso Delio y sus compañeros vinieron á interrumpirla. Entonces se hizo general, y se habló de modas: á poco se formó una reñida disputa sobre si las cintas de una Mahonesa hacian mejor cara siendo de color de azucena, que de color de rosa. Calisto se tenia por un Filósofo profundo, y por un sabio en punto á modas. Habia ya decidido cuestiones mas dificiles que esta. Habló con mucha filosofía, dixo cosas que á todos

parecieron excelentes : uno solo las tuvo por necedades , este no se atrevió hablar , y hizo bien ; Calisto defendia el color de azucena , Carlos estaba á favor del de rosa , éste no era menos hábil que su contrario , habló muy bien , defendió con vigor su partido , se le rechazó con fuerza , se enardecieron de una parte y de otra , y despues de una hora larga de disputa , en que todas las señoras ostentaron sus Mahonesas , sus tocados y prendidos , la cuestión quedó indecisa , dexándola al exámen de la modestia de la calle de:::

En medio de la cuestión sucedió á Leandro una fatal desgracia , se le deshizo el lazo de su corbata , y sus puntas , que segun la moda , debian caer no mas que hasta ocho dedos debaxo de la barbilla , es decir , al medio del pecho , baxaron á la mitad del vientre , sirviendo de fleco al chaleco. Esta desgracia que hizo salir los colores á Leandro fué feliz para él , como lo verá el que lea los Capítulos siguientes.

CAPITULO XXII.

Aventura amorosa.

adie advirtió que los lazos de la corbata de Leandro se habian deshecho. Todos atendian á la importante quëstion que entonces se agitaba. Leandro se retiró sin ser visto á un Gabinete solitario á arreglarla delante del espejo. Al entrar advirtió una señorita que sentada al lado de una mesa alumbrada por dos bugías leia atentamente: su aptitud , su figura , su trage , llamaron su atencion ; su vestido era modesto , sencillo , y al mismo tiempo gracioso ; un pañuelito de gasa cercado de algunas cintas , era el único adorno de su cabeza , pero estaba tan bien colocado , que agradaba mejor que el mas costoso benetillo , ó el mas brillante plumage. Tenia un vestido blanco guarnecido de gasas , color de rosa , y de una ligera orla de flores bordadas.

Lean-

Leandro se acercó poco á poco , y estuvo un rato parado en lo obscuro contemplando á la jóven lectora : la luz que la heria de lleno , dexaba distinguir bien las perfecciones de su rostro y de su cuerpo : su cara era perfectamente redonda , su talle delgado, su brazo bellamente torneado, su color era el de la rosa , su sonrisa la de la inocencia y el candor. Tenia los ojos grandes , negros , vivos y expresivos, los dientes de la blancura del marfil, el cuello terso , é igual como el alabastro. Las gracias habian animado esta bella figura , la modestia , el pudor ; las demas virtudes , habian perfeccionado la obra. Todo habia contribuido á hacer de Celia (este es el nombre de la dama) una muger perfecta , una criatura excelente. Leandro quedó transportado por un rato. Sintió en su corazon una comocion que no habia experimentado hasta entonces. Se halló indeciso, dudoso , tímido, cortado , no sabia que hacer.

Pasada algun tanto su turbacion dá
al-

algunos pasos , y se acerca al espejo como distraido. Celia siente pasos , levanta los ojos , vé á Leandro , y suspende su lectura. Ya se hallaba él junto al espejo , y al lado de Celia. Siento , señora , la dixo , haber interrumpido vuestra lectura. Perdonad mi inadvertencia. No hay nada que perdonar , solo leía por pasar el rato , la casualidad me he hecho hallar este libro , me ha agradado , y me he detenido un instante-- ¿ Podrémos saber su título? No hay ningun inconveniente. Clarisa, Novela Inglesa-- ¿ Está en Inglés? -- Seguramente-- ¿ Os gustan las Novelas?-- Algunas-- Es la lectura favorita de las jóvenes , á mi tambien me gustan , pero algunos pretenden que son dañosas , sobre todo , para las imaginaciones vivas , para los corazones sensibles , dan ideas muy equívocas del mundo.-- Yo convengo , pero hay algunas que pueden exceptuarse de esta regla. Tales son las Novelas morales ; Diréis que Eusebio , Adela y Teodoro , las Veladas de la Quinta sean dañosas?-- No , á la ver-

verdad ::: Pero... Yo no pretendo, señora, hacer del crítico; al contrario, nosotros nos debemos alegrar que esta sea la lectura favorita del bello sexô... Yo, v. g. me atreveré á desear que sea la vuestra, mi dicha entonces será cierta. Estas palabras llenaron de turbacion á Celia, baxó los ojos, hizo una reverencia, y se dispuso para retirarse. El temor de Celia se comunicó á Leandro: quedó confuso y abochornado, admiró la virtud, la delicadeza de aquella señora, enmudeció. Pero al verla marchar, su pasion le dió atrevimiento, rompió su silencio, y con palabras que se conocian salir del corazon, y de un corazon enamorado, la rogó permaneciese por un instante. Celia se escusó con razones que descubrian mas y mas su virtud.

Viendo, pues, que sus ruegos son inútiles, que Celia se ausenta, teme perderla para siempre, y arrebatado fuera de sí, se echa á sus pies, la descubre su pasion, la pinta qual ella es con los colores mas vivos, solo quiere

se le permita hablar otras veces , para hacer conocer la pureza de sus intenciones. Celia no pudo negarse , le cita casa de una amiga , á la que tiene en lugar de madre , á la que ama , respeta , y estima como á tal.

CAPITULO XXIII.

Prosigue la aventura.

¡Qué situacion tan deliciosa la de Celia y Leandro ! qué actitud tan patética la de los dos ! El Gabinete estaba algo obscuro , la luz iluminaba de lleno el parage donde se hallaban los dos amantes , sus rayos enviaban ácia el espejo su imágen , y informaban en él el quadro mas pintoresco.

Celia parecia una de las deidades fabulosas de la antigua Mitologia. Un Poeta hubiera creido que era la casta Diana , Diosa de los montes y las selvas ; sus ojos tiernos y expresivos , fijos sobre Leandro pintaban el Amor, el temor agitaba blandamente su seno,

sus

sus mexillas estaban cubiertas del mas subido carmin , precioso efecto del rubor. La decencia, la dignidad, la magestad de su presencia, de su figura, la hacian parecer el retrato, la imagen de todas las virtudes. La inocencia, el candor, la modestia, brillaban en todo ella. ¿se la podria ver sin amarla, sin admirarla, sin sentir una dulce comocion, una secreta inclinacion ácia las virtudes, que eran las gracias que mas la hermooseaban, que la hacian mas interesante!

Leandro puesto á sus pies apenas se atrevia á levantar los ojos, temblaba ofenderla aun con sus miradas, sus suspiros anunciaban la violencia de su pasion, las lágrimas caían sin sentir de sus ojos. Su corazon experimentaba un sentimiento delicioso, un placer inexplicable de estar cerca de Celia, de leer en sus ojos la favorable respuesta á su amor.

Guardaban el mas profundo silencio, parecian dos estatuas en el exterior insensibles, apenas se movian, su

sensibilidad estaba toda reconcentrada en lo interior , dedicada á un solo objeto , para los demás no existian : sus ojos se encontraban á veces. ¿Qué eloqüentes , qué expresivas , qué enérgicas eran sus miradas? Decian mucho mas que las palabras.

La dulce pasion del amor , semejante á un delicioso nectar , se extendia por sus venas , y llegaba hasta inundar de delicias , de placeres , su sensible , su tierno corazon.

Hacia largo tiempo que permanecian en este estado. Celia no se atrevia á dar un paso , su presencia sola hacia toda la felicidad de su amante , tambien hacia la suya la de éste. ¡Qué crueldad privarse , privarle de ella! Leandro está absorto , confundido en su dicha ; sabia solo que estaba al lado de la que amaba , no se acordaba que aun permanecia á sus pies.

Sienten ruido , vuelven de su enagenamiento , Celia se turba , coge el libro , y quiere fingir que lee ; Leandro procura ocultar su turbacion , sus

lá

lágrimas, su temor, su sobresalto le descubren.

Cárlos entra, ¡en qué instante! Habia seguido por casualidad los pasos de Leandro, oído toda la conversacion. Conoció las conseqüencias que esta pasion podia traer. La vió nacer, calculó la fuerza, el ascendiente que podia tomar si no se la ahogaba en sus principios, ó se la oponia otra que fuese mas favorable á sus ideas. En el instante se le ocurrió un proyecto que pareció el mas seguro.

Elisa habia manifestado alguna inclinacion á Leandro, éste no la habia mirado con entera indiferencia. Le pareció facil vencer una pasion con otra.

Elisa era persona mas peligrosa para una jóven, su figura era bastante agradable, tenia mas gracia que hermosura, mas atractivo que mérito. Su corazon era insensible al amor, jamás habia experimentado semejante pasion. Su gusto estaba en triunfar de los hombres, en sujetarlos, en avasallarlos. Se complacia en despreciar á quien la
ama-

amaba , en reirse , en mofarse de su pasion. Sabia perfectamente el arte de inspirar esta pasion , pocos se libertaban de su poder.

Se persuadió á que la seria facil triunfar de Leandro , aseguró á Carlos la victoria , se concertaron entre los dos para dominarle y sujetarle quando le viesen enamorado , hacerse dueños de sus riquezas , despreciarle y olvidarle luego. ¡ Podrá formarse un proyecto mas malvado , mas iniquo ! ¡ podrán imaginarse dos almas mas viles ! ¡ Dos corazones mas bárbaros , mas crueles !

Carlos disimuló con Leandro , y fingió que una casualidad le habia conducido á aquel Gabanite , no le habló nada de Celia ; y solo le reprehendió por haber dexado su compañía. La tertulia se acaba , le dixo , las señoras estan impacientes , quieren hablarte antes de despedirse , te buscan por todos lados , y tú te escondes. Leandro le contó el motivo que le habia obligado á entrar en el Gabinete.

La excusa no pareció legítima á algunas señoras , le chancearon un poquito , y formaron con él una conversacion muy larga , que á ellas pareció muy corta.

Llegó la hora de marchar. Se vieron salir de todas partes un gran número de personas que pasaban rápidamente de un lado y de otro. Los jugadores se presentaban, los unos tristes, pensativos, desesperados , huían de las gentes , miraban con ceño adusto , y procuraban esconderse entre la multitud ; los otros alegres , triunfantes, orgullosos , reían , gritaban andaban por todas partes , y se detenian en todos lados.

Los petimetres , las petimetras, se cruzaban unos á otros , se miraban al descuido , se desconocian á lo léjos, se echaban sus respectivas miradas de desprecio ó de envidia ; de cerca se abrazaban, se besaban, se demostraban el mayor cariño , el mas tierno afecto. Todos procuraban lucir , brillar , ser aplaudidos ; era un continuo jue-

juego de miradas , de señas , de risas ,
de secretitos.

CAPITULO XXIV.

La cena, y la media noche.

Marchemos , dixo Elisa , tomando el brazo de Leandro con un ayre de triunfo , y caminando con satisfaccion y desembarazo. Carlos acompañaó á Filis , los quatro atravesaron rápidamente por entre la multitud, llamaron la atencion , y fueron el objeto de algunas visitas : en esto ya se hallaban á la puerta , el coche de Filis no habia venido , Leandro no tenia allí el suyo , los quatro entraron en el de Elisa , cenaremos juntos esta noche , dixo ésta aun es temprano , no tengo gana de irme á sepultar ahora en la soledad de mi Gabinete. Filis convino , Carlos y Leandro , no se escusaron.

La Casa de Elisa era una de las
mas

mas primorosas de la Corte por la riqueza y belleza de sus adornos , cada Gabinete era de un gusto diferente, se hallaba en ellos todo lo que el luxo puede inventar de mas cómodo y agradable.

Sirvieron bien pronto la cena, fue abundante , fue esplendida : Filis hizo la melindrosa , Elisa agotó el ceremonial , los platos hicieron revivir la satisfaccion : Leandro depuso un poco su ayre pensativo , demostró alguna alegría : Elisa le animaba con sus gracias , la memoria de Celia se entiviaba un poco.

Al medio de la cena se aumentó la compañía , algunas señoras que salian de la Opera quisieron sorprender á Elisa , ésta las recibió risueña, y se alegró en efecto de su llegada, se chancearon, rieron , hicieron un poco de ruido , comenzaron mil conversaciones , que finalizaron al instante, cada una hechó una ojeada de observacion sobre la compañía.

Hablaron de la Opera , elogiaron
un

un aria que todos habian aplaudido en el Teatro. Margarita la habia aprendido al instante. La rogaron cantase, y aunque ya no es moda cantar á la mesa, obedeci6. Su voz era excelente, su execucion asombrosa, hubo mil vivas. Las demás señoras se picaron de emulacion, quisieron cantar; bien pronto la mesa parecia un teatro, las voces se confundian, y hacian una Cacophonia espantosa.

El vino de Champaña, el café, los licores aumentaron la alegria, se acabaron los cumplimientos, las ceremonias, nació la familiaridad, se reia de un cabo de la mesa á otro, se formaron mil conversaciones particulares mas ó menos numerosas.

La funcion duró hasta las dos, y acabó con un poco de bayle.

CAPITULO XXV.

Efectos del Amor.

Por qué las mexillas de Celia se cubrian del carmin mas subido al ver, al oír á Leandro? ¿Por qué Leandro se llenaba de temor hablando con Celia, por qué apenas se atrevia á mirarla?... Porque se amaban. Tal es el efecto de esta pasion: hace tímido al que verdaderamente la tiene, no se atreve á descubrir los sentimientos interiores que le agitan; su silencio es eloqüente.

Se hablaron, comenzaron á conocerse, vieron la sensibilidad de sus corazones y se amaron mas. En una conversacion de algunos minutos, hicieron progresos de muchos meses, el amor apresura los instantes, y reúne las mayores distancias. ¡Qué pasion es esta á veces tan violenta, á veces tan quieta, tan suave! ¿Por qué sus dardos hieren al primer golpe, des-

pe-

pedazan, atraviesan el corazon, y en un instante esclavizan al mas libre, sujetan al mas atrevido, avasallan, abaten al mas orgulloso? Es facil sentir sus efectos, es dificil explicarlos; se conocen sus propiedades, se ignora su naturaleza.

Si la situacion de estos dos amantes, fue la mas deliciosa en el instante en que sus corazones sentian los dulces trasportes de la pasion, que comenzaba á nacer en ellos, ¡quán dolorosa fue su separacion! ¡quán triste la ausencia!

Celia permaneció hasta el fin de la tertulia en el mismo parage. Quiso volver á su lectura: leyó algunas hojas: pero si sus ojos miraban al libro, su imaginacion le representaba á Leandro, éste reynaba en su corazon, ocupaba su alma toda entera, nada de lo que leía se fijaba en ella, estaba toda llena de las idéas de amor.

Era la primera vez que experimentaba esta pasion, los sentimientos que la producía la agradaban, pero temía sus

sus efectos. Sabia las fatales consecuencias que suele producir esta passion quando se forma sin conocer bien las qualidades del objeto amado. Si Leandro es un hombre virtuoso, si sus idéas son puras, como dice, su amor verdadero, y tan violento como blasona, soy feliz. El me hará dichosa, yo le haré dichoso. Seremos el exemplo de una union afortunada. Pero los hombres son habiles en el arte de seducir, saben fingir, disimular, servirse del augusto nombre de las virtudes, tomar sus apariencias para triunfar de la inocencia y del candor. ¡Qué exemplos tan fatales, tan lastimosos nos ofrece el mundo cada dia! Ellos son los que deben servirme de barrera contra los peligros que me pueden amenazar.

Si no sé vencer mi passion, podré á lo menos disimularla. Buscaré todos los medios de conocer el corazon de Leandro, si es bueno, sensible, virtuoso, no debo ocultarle mi passion, debo corresponderle. Si fuese un pér-
fi-

fido, un malvado, procuraré vencer, dominar mi pasión, huiré de él, dexaré el mundo, me encerraré en una soledad, y así mi virtud triunfará de una pasión rebelde é indocil.

Celia conocia muy bien que amando ya á Leandro no estaba en estado de juzgarle, sus defectos le hubieran parecido virtudes. Los consejos de una madre la hubieran sido útiles, pero la habia perdido en su tierna edad. Dorisa hacia para con ella las veces de tal. Celia la amaba, la respetaba como á la que habia debido el sér; ella la miraba lo mismo que si fuera su hija.

Dorisa era digna del empleo de madre, de amiga, de directora de Celia, su corazón estaba adornado de las mas excelentes qualidades. Unia el entendimiento á la experiencia, el juicio á la imaginacion, la instruccion, el trato del mundo á la virtud. Era hábil en el arte de conocer los corazones, de formarlos, de dirigirlos á la virtud.

No le ocultó nada Celia á cerca de su pasion. Dorisa convino en que Leandro viniese á su casa , y se encargó en estudiar su corazon , y procurar conocerle.

Leandro estuvo el resto de aquella noche inquieto , triste , pensativo , suspiraba , se quejaba sin saber por qué. Su corazon sentia una pena , una ansia , un pesar que no podia definir ni conocer , el dulce , el suave sueño huyó de su lecho : solo le acompañaban en él los pesares , las inquietudes. Una multitud de ideas confusas contrarias , vagaban en su cabeza ; el nombre de Celia estaba en sus labios , su imágen en su corazon.

CAPITULO XXVI.

La madrugada.

Al rayar del dia , pasó Carlos al quarto de Leandro , se quedó sorprendido al verle despierto.

Los sentimientos de amor , no ha-

habian apagado en su corazon los de la amistad, tal vez los habian aumentado; ¿á quién podia comunicar mejor las penas, que á un amigo, á quien creía fiel y leal? Se apresura á descubrirle su corazon, á pintarle su passion por Celia. Le pide consejos, auxilios, socorros. Quiere instruirse en las circunstancias de Celia, profundizar su corazon y unirse á ella.

Carlos confiaba en las astucias de Elisa, y se lisongeaba que bien pronto mudaria de language; no dudaba de que en aquel mismo dia ocuparia en su corazon el lugar de Celia: asi pues le daba ya poco cuidado la passion de su Amigo, dexó desahogar un poco su corazon, le procuró inspirar como de paso algunos zelos y desconfianzas, y mudó la conversacion. Pero tú no te acuerdas, le dixo, que Elisa y Filis nos aguardan en la Plaza de la Cebada? Que á noche dispusimos un paseo para la madrugada? ¿que despues debemos desayunarnos con Filis? = Es verdad, pero estoy tan tris-

triste. = Sin embargo es menester cumplir nuestra palabra... haz lo que quieras. Pero tú te arrepentirás; tú conocerás quan buenos son mis consejos. Tú no has amado, pero has experimentado las mugeres. = Cierto. = Sabes que son falsas, inconstantes, que olvidan, desprecian á quien las ama, quieren, idolatran á quien las desprecia = muchas. Pero hay algunas. = ¡Ah! sí. Y quán pocas. ¿Y cómo hallarlas? ¿Cómo conocerlas? Nos enamoramos por capricho, los defectos nos parecen perfecciones: creemos que la que amamos es la mejor: un triste desengaño nos sorprende en medio de la satisfaccion, ¡qué golpe tan cruel, tan doloroso! Tus razones me convencen. Pero mi pasion, mi pasion. = Siempre tu pasion. La pasion se disipa, se vence, quando se la quiere vencer. = ¡Oh! no es tan facil. En fin dexemos esto. Vamos al paseo, lo lucirás en él. Te presentarás á Elisa con todas las gracias de la novedad. Tienes un vestido diferente del de ayer, nuevo,

gracioso, brillante, de moda, propio de la mañana. Estrenas un virlocho Inglés, es magnífico, dos caballos Normandos, dobles, fuertes, iguales, impetuosos, barniz delicado y transparente como un espejo, pinturas graciosas, lo demás correspondiente.

CAPITULO XXVII.

El Virlocho Inglés.

Carlos y Leandro están ya en su virlocho que se eleva al nivel de los balcones, sacuden el látigo, los fogosos caballos arrancan en su carrera, se hallan de un galope en la plazuela. Dan rápidamente dos ó tres vueltas. Hallan á Filis y Elisa, las dan el brazo para que baxen de su berlina, y pasean juntos.

Estaban vestidas en trage de mañana, mantilla, basquiña negra con encages y flecos, haciendo las tapadas, y mirando al través de los encages. Recorrieron toda la feria, compra-

praron algunos dulces, confites y cosas del tiempo, y se marcharon al Prado. Elisa y Leandro entraron en el virlocho, Filis y Carlos, ocuparon la berlina, y despues de haber dado algunas vueltas por la feria pasaron al Prado.

La mañana estaba deliciosa; el sol comenzaba á salir, doraba las puntas de los árboles, las cimas de los montes; se respiraba un fresco suave que recreaba. Los objetos parecian nuevos, la soledad, el silencio, aumentaban el placer, se veia por todas partes extendida una cierta alegría y contento que parecia comunicarse hasta las cosas inanimadas. Se creeria que las flores, que las plantas, se sonreían y se hacian como sensibles al placer.

Leandro participaba del universal regocijo de la naturaleza, su ayre taciturno y melancólico se habia disipado, la memoria de Celia no le ofrecia entonces ideas de afliccion y desconsuelo. Sus palabras demostraban su

alegria , decia chistes , gracias , jocosidades , contaba mil historietas. Elisa gozaba tambien de un humor placentero. Es verdad que pocas veces era triste y taciturno , hablaron sobre una multitud de asuntos , todos alegres y risueños : tan pronto trataban de modas , alababan las de Madrid , y ridiculizaban las de las Ciudades , como de diversiones y placeres. Uno de los defectos de Elisa , y seguramente de los mayores , era la murmuracion , su genio naturalmente malicioso , se complacia en notar los vicios y faltas de todos , en atribuir y en fraguar muchos que no habia. Esto era moda entre sus amigas , y como les faltaba instruccion , la única materia capaz de sostener una larga conversacion.

Leandro tenia este defecto , pero en él era pasagero , lo habia adquirido con la mala compañía de Carlos y sus amigos , y era contrario á su carácter y repugnante á su corazon. En Elisa era natural y formaba parte de su mal carácter y de su perverso co-

razon. En Leandro notaba mejor los defectos, que provienen del carácter: Elisa los que nacen del trato, de los usos, de las costumbres: aquel pintaba regularmente al hombre; esta al petimetre al ente superficial, especie mixta entre el hombre y el mono, mas semejante al último que al primero. Mientras atravesaron el prado que lo hicieron con la rapidez del relámpago, Elisa murmuró de la mayor parte de sus conocidas. Otra hubiera empleado diez mañanas, le vastaron á ella solo algunos minutos; la rapidez de estilo, y la viveza de imaginacion eran una de sus mas brillantes qualidades. En este punto como en otros muchos parecia la moda misma, tal era su habilidad en imitarla.

CAPITULO XXVIII.

Prosigue el paseo.

Elisa empleaba todas sus astucias para inspirar amor á Leandro. Fin-
gia

gia una sensibilidad que no tenia, una pasion que no experimentaba, hacia el papel de una muger enamorada, alababa con el mayor entusiasmo las gracias, el talento, las bellas qualidades de Leandro. Le pintaba como el jóven mas amable.

Jamas se ha fingido una pasion con mas arte. El hombre mas hábil no hubiera conocido el engaño. La pasion fingida la hubiera producido verdadera en el corazon mas duro, mas insensible.

Sus miradas, sus palabras, todas sus acciones, todos sus movimientos tenian un ayre lánguido y apasionado. Los suspiros interrumpian sus periodos, á veces sus ojos llenos de fuego, vivos, brillantes, lanzaban rayos amorosos, otras decaian como vencidos por la violencia de su misma pasion, las lágrimas parecian ablandarlos, apagarlos y obscurecerlos.

Del mismo modo que hay una secreta inclinacion, una cierta analogía entre dos personas, que hace que desde

de el primer instante que se ven, se estimen, se amen; hay tambien por el contrario una especie de discordancia ó desigualdad entre otras que hace que el instante de verse sea el de odiarse.

A Leandro le sucedió lo primero con Celia, ella sintió igual ó mayor efecto. Lo segundo le sucedió con Elisa. Confesaba que tenia mérito, no advertia en ella ningun defecto; pero la primera vez la miró con indiferencia, y despues comenzó á desagradarle. De otro modo no hubiera podido resistir á sus astucias. Corazones insensibles, hombres experimentados habian gemido baxo su yugo, y habian sentido la pasion que ella habia querido inspirarles.

Asi, pues, todos los esfuerzos de Elisa fueron inútiles, no pudo inspirar á Leandro mas que sentimientos pasajeros, nunca un verdadero amor; sin embargo creyó haber logrado su intento, y se lisongeaba de ello: La engañó su demasiada confianza. ¿A cuántos sucede lo mismo?

El Almuerzo.

La madrugada ha sido hermosa, el poseo excelente, la Feria estaba agradable, el prado delicioso. Nuestro birlocho ha corrido como una exhalacion, tiene un movimiento suave, no se siente, no se percibe, es primoroso, está perfectamente construido; el barniz es el mas trasparente, el color el mas brillante, las pinturas las mas graciosas; todo es del mejor gusto. Los caballos corren como ciervos, son arrogantes, son soberbios, ¡qué fogosidad, qué ímpetu!

Leandro ha estado divertido, chistoso, original, y ridiculiza con mucha gracia, pinta con viveza. Nos hemos reido de vosotros.-- De nosotros, dixo Filis, la proposicion es original. La ingenuidad es invidiable, merece imitarse, tambien nuestra conversacion se ha dirigido á veces contra vosotros; muy bien, muy bien, dixo Leandro

dro dando grandes carcajadas. Todos tenemos nuestro ridículo, si nos reimos de los demás, porque no sufriríamos que se rían de nosotros. Es menester hacernos una mútua confianza.

Tal era la conversacion que la alegre compañía traía al subir la escalera, ya entrando por cierto por las antesalas, donde resonaban las estrepitosas risotadas. Esto supone precisamente que ya habian salido del prado, llegado á casa, y apeadose.

La casa de Filis, estaba amueblada con mas riqueza, gusto y profusion que la de Elisa. No hay que temer que yo haga la pintura particular de cada adorno, de los Aravescos, de las porcelanas, de las estatuas, de las pinturas, de los espejos, de los estucos, de los mosaycos, &c. no es tiempo de digresiones.

Despues de haber atravesado una multitud de salas, á qual mas primorosamente adornadas, entraron en un pequeño Gabinete. Perdoneme el lector,



tor, tengo de hacer aquí su descripción, porque es necesario. En aquel corto recinto se hallaba reunido, quanto el luxo puede inventar de mas costoso y delicado: grandes vasos al gusto griego, exhalaban los perfumenes mas olorosos, que embalsamaban el ayre. No se podia volver á parte alguna la vista ni subirla al techo sin ver su imágen retratada en tersos y hermosos cristales que formaban las paredes del Gabinete. El arte del Dorador, del Esmaltador, del Grabador, parecian haber contribuido á porfia á su adorno. ¡Qué dorados tan brillantes, tan bruñidos! ¡Qué esmaltes tan delicados! ¡Qué colores tan vivos! ¡Qué mezclas tan caprichosas! ¡Qué dibujos tan originales!

Se habian representado en diferentes quadros que formaban los tableros de cristal, varios asuntos de Mitología: aquí Venus salia de entre las olas del mar, seguida de las gracias sus perpetuas compañeras: en otra parte estaba representado el tocador de

de la Diosa ; una tropa de graciosos geniecillos , volaban á su alrededor , y la ofrecian atavíos que servian á dar realce á su hermosura , sobre humana: sus amores con Adonis , los zelos de Vulcano , el juicio de Páris , estaban representados en los demas cuadros.

Leandro y Carlos alabaron el gusto , la riqueza de aquel Gabinete, y envidiaron á Filis la dicha de poseerlo. Se sentaron en los sofás , en los canapés , se alabó el gusto del luxo moderno , se comparó con el de los antiguos , y se halló una diferencia notable. Los antiguos no tenian gusto en sus adornos , decia Filis , no conocian la conveniencia , la comodidad , no sabian unirla con el placer , sus casas consistian en quatro ó cinco grandes salas , que parecian de bayle , carecian de esta multitud de Gabinetes , unos mas grandes , otros mas pequeños , pero todos cómodos y graciosos , sus adornos eran pesados y feos ; tapices ó colgaduras de damasco ó terciopelo , gran-

grandes sillones , pesados armatostes de évano , cargados de estatuas , de figuras , de ojarasca , de madera , de bronce , de marfil , muchos quadros confusamente mezclados. Los antiguos eran pesados en todo , añadió Elisa , nosotros somos ligeros , vivos , alegres , originales. Sus adornos , sus modas , sus cumplimientos , sus usos , sus costumbres fastidiosas. Una señora de aquellos tiempos parecia una prenderia ó una tienda de Mercader , desde los pies hasta la cabeza estaba cargada de pedreria , de galones bordados de oro ó de plata , de telas fuertes de seda , que formaban un peso enorme que agoviaba , y no dexaba moverse á quien las llevaba.

Nuestras modas son ligeras y cómodas , dan desembarazo y libertad , gracia y bella disposicion al cuerpo. Las señoras de los tiempos pasados parecian máquinas ó estatuas , figuras de prespectiva sin movimiento , sin alma ; nosotras al contrario , somos todo espíritu , todo viveza , todo gracia-- Hable-

blemos de modas, dixo Carlos-- Y que hay que decir, respondió Filis. Nada hay de nuevo, todo envejece, hace un mes lo menos que no hemos mudado de modas: que no ha sucedido alguna novedad de importancia. No hay de que hablar, es una secatura, mi modista hace ocho dias que no viene; la última moda que me traxo era la mas graciosa, me iba *excelentemente bien*: mi Peluquero hace dos meses que estudia un nuevo prendido: será un *Xefe de obrador*. A propósito de Peluqueros, dixo Carlos: el Baron de... ha perdido enteramente su reputacion, aunque era de las mas acreditadas. Se atrevió á presentarse en el bayle de Victoria con un peynado que hace un mes no se usa. Sus vestidos eran del mejor gusto, el talle alto y bien estrecho, el chaleco corto, los calzones larguísimos, las medias de manchas de mil colores, solapas grandes, pañuelo al cuello con un lazo bordado de tres colores, estaba hecho un Adonis, un Narciso, un petimetre: se rieron, se